



CRÓNICAS NATURALES

Los herrerillos de mi madroño

Por Antonio Pérez Henares



"En muchos lugares se oye el quejido quejumbroso de la tórtola turca que cada vez es más frecuente".

Foto: Roberto Anguita. Naturmedia

"Les parto nueces, les hago sartas en un hilo y las cuelgo entre las ramas de mi madroño".
Foto: Antonio Pérez Henares.



No hay espacio más hostil para la naturaleza que una gran ciudad. El "homo urbanus" le ha puesto a la tierra un terrible condón de asfalto y cemento que impide la vida. Nada puede, ahí, respirar, brotar, ni florecer. Y, sin embargo, hasta ahí la vida se abre camino en cuanto puede encontrar cualquier resquicio. La mas mínima rendija sirve para que asiente una planta, el mas pequeño respiradero para que crezca un árbol y en isletas de vegetación los animales han logrado establecerse y prosperar.

La ciudades tienen dentro mucha mas vida salvaje de la que los urbanitas pueden soñar. Lo que sucede es tienen tanta prisa que escapa a sus atufados ojos. Pero yo he visto cruzar el cielo en pleno centro de Madrid, Castellana arriba, una pareja de azulones, he visto un cernícalo suspenderse en el aire al

lado de la Plaza de Castilla, he oído el autillo en los veranos y me han contado que un halcón peregrino caza sobre la Gran Vía.

Porque de lo que quiero hablar es de la vida salvaje en el corazón de hormigón de Madrid. No de los alrededores donde es mas normal la pervivencia de especies animales y de hecho se encuentran con facilidad. Por ejemplo en la Casa de Campo nos quedaríamos sorprendidos de una actividad nocturna inusitada donde los conejos, liebres y perdices han de vérselas con muchos predadores nocturnos como garduñas y ginetas y una abundante población de zorros. Y no me hagan chistes fáciles, por favor. El Manzanares acoge a patos y gaviotas y por la Moraleja y la Dehesa de la Villa se dan los mas espectaculares pasos de paloma que puedan imaginarse. Todo ello empalidece ante ese



privilegio que es el cercano Monte del Pardo, donde dicen que incluso aguanta el lince y donde sí he visto a los jabalíes llegar hasta las tapias de los chalets de Puerta de Hierro.

Pero volvamos al imperio del cemento. Ahí es donde anidan las sorpresas. No sólo esos combativos y alegres gorriones capaces de medrar en cualquier sitio. Esos pajarillos amados por Miguel Hernández que les escribió una de sus más bellas páginas, "la chiquillería del aire" les llamo, emocionado por su espíritu libre, su algarabía y su revuelo. En pleno centro se han establecido también y firmemente los mirlos que aprovechan cualquier seto y yo les juro que un día vi uno blanco en las cercanías de la estatua de Espartero. No es una metáfora, era un albino. Las urracas, córvidos listos y oportunistas, proliferan por doquier. Los estorninos anidan en las colonias y ahora en muchos lugares se oye el quejido quejumbroso de la tórtola turca que cada vez es más frecuente mientras que la común cada vez nos visita menos. Ésta, más urbana, nos ha llegado desde el este y se queda a vivir entre nosotros todo el año.

Les cuento ahora que un día de febrero vi pasar las grullas de vuelta hacia sus nortes nativos. Venían del Oeste y pensé que llevaban rumbo a Gallo-canta, su parada intermedia. Ellas se marchan pero ya están llegando golondrinas, aviones y vencejos. Algunos anidan bajo mi tejado y no hay momento más hermoso de la tarde del verano que ese en el que forman chillo-




"El invierno lo he pasado en compañía de herrerillos y carboneros. Ellos me ayudan a escribir".
Foto: Antonio Pérez Henares.

nas escuadrillas dando rapidísimas pasadas a los aleros de las casas.

Les he dicho ya lo del halcón peregrino que caza sobre la Gran Vía. Otea, como lo haría desde un cantil o de un castillo, desde uno de los más altos edificios y en sus pretiles devora a sus presas. Otro hubo en la torre de un gran banco que hizo de la cornisa del piso 25 su atalaya y lugar de reposo. Yo mismo he visto a los cernícalos cazar en la pequeña colonia de casas bajas donde vivo y donde no falta en la noche de verano el canto del autillo. Hubo una pareja pero un desaprensivo de unos pisos cercanos al que se le coló extraviado por una ventana, mato a la

hembra. El año pasado el canto del autillo sonó solitario y triste.

Por septiembre disfruté cada atardecer la visita de decenas de grandes palomas torcaces a la morera de enfrente. La torcaz ha tomado las arboledas de Madrid y se ha hecho residente fija. Aquí anida y aquí saca sus pichones adelante. Cuando vuelan les enseñan que hay moras dulces en un árbol junto a Chamartín y vienen todos con los últimos rayos del sol y se ponen, nunca mejor dicho, morados de comer moras.

El invierno lo he pasado en compañía de herrerillos y carboneros. Ellos me ayudan a escribir. De hecho lo están haciendo ahora. Les parto nueces, les hago sartas en un hilo y las cuelgo entre las ramas de mi madroño. Ellos no dejan un solo día de visitar esa despensa y animan mi vista cuando la saco a pasear por la ventana. Ahora mismo hay una pareja de "capuchinos" y como siempre intento hacerles una foto. No saben lo difícil que es lograrlo. No paran un segundo quietos. Son un rayo de esperanza en el desierto del asfalto. El más infértil y hostil que ha surgido en el mundo. Pero también en éste la vida ha sabido abrirse paso. 

"Las urracas, córvidos listos y oportunistas, proliferan por doquier".

Foto: Luis Merino. Naturmedia.

